
DOCUMENTOS DE ANALISIS SOBRE LA BEATIFICACIÓN DE JUAN PABLO II

ARTÍCULO No 2

Juan Pablo II: El "santo" de su propio modelo.

Javier del Ángel

La Iglesia Católica Romana tiene políticas internas muy claras en sus procedimientos, incluidos los de beatificación y canonización. La principal pareciera ser aquella de que “es más económico defender intereses que defender causas” (Debray). La cúpula curial que desde Roma dirige esta Iglesia es heredera de una institución casi bi-milenaria, transnacional, donde la directriz que pareciera prevalecer, en muchas ocasiones, es la alineación sumisa con la autoridad al mando en ese momento, tenga ésta razón o no. Pero la vida interior vaticana no es para los laicos sino para un grupo muy reducido de eclesiásticos políticos y expertos en manejos de conciencias, ideologías superadecuadas, marketing, multitudes y, por supuesto, dinero. Por mencionar un caso, no existe ni un solo laico, menos una mujer, en puestos de verdadera autoridad en el seno mismo del Vaticano.

Mucha gente recuerda a JP II como el papa carismático, mediático, sonriente, "canonizado" ante las cámaras por el dolor de sus últimos años; un papa que llegaba a multitudes y parecía conectar íntimamente con todos. Recuerdan, pero no ven el trasfondo. Recuerdan la dramaturgia genialmente armada desde el Vaticano por especialistas en relaciones públicas, protocolo y mercadotecnia; recuerdan a un papa que hizo todo lo posible por adjudicarle a la investidura papal su antiguo prestigio, influencia, poder y popularidad. En esto de la popularidad Juan XXIII y Juan Pablo I eran también muy populares, aunque éste último no tuvo tiempo suficiente de

posicionarse en el imaginario colectivo. Por la situación de la Iglesia en la actualidad, podríamos evidenciar que JPII es un pontífice más admirado que seguido.

Mucha gente alaba la doctrina e "intelectualidad" teológica de Juan Pablo II en materia dogmática o moral que, según dicen, lo llevó a escribir innumerables documentos pontificios de profunda sabiduría y actualidad[1]. Este aspecto de JPII se ha exacerbado hasta el cansancio, ya que nunca fue un teólogo sobresaliente ni de vanguardia, como lo hicieron creer sus operadores teológicos o políticos. Siempre estuvo rodeado de otros teólogos que, sin ser necesariamente mejores teólogos que él, sí se alinearon con su pensamiento. JPII fue a lo mucho un buen sistematizador, filólogo, dramaturgo, y un pastor muy suspicaz, pero nunca un filósofo o teólogo sobresaliente. Fue rechazado para ingresar en la Universidad Gregoriana y tuvo que tomar clases de oyente en el Angelicum de los dominicos, de ahí su radical inclinación tomista. Nadie de su época, ni un obispo o intelectual o profesor de universidad reconoció en él dotes intelectuales sobresalientes, como sí ocurrió con teólogos de la talla de Küng, Congar, Rahner, Schillebeeckx, Boff, por citar solo algunos.

El estilo de liderazgo que predominó ad intra en el papado de Juan Pablo II fue de carácter autoritario con quien no le importaba romper relaciones, y autócrata-benevolente con quienes intentó encauzar o redimir. Ahí están como prueba las decenas de teólogos condenados al silencio por disentir, por pensar diferente a él al hablar y defender causas realmente importantes para la vida cotidiana de mucha gente cuando, por otro lado, el papa y el Vaticano callaban ante atrocidades e injusticias realizadas por sus amigos, socios o aliados políticos en todo el mundo y los planificadores de la mercadotecnia papal contraatacaban difundiendo la imagen de un corpus bien organizado y unido escenificando multitudinarias ceremonias presididas por Su Santidad en la Plaza de San Pedro o fotografiándose con personalidades de la vida política internacional. Ahí están las luchas por destituir a todos los sacerdotes, religiosos y laicos que no se alinearon con su política o su teología: jesuitas (caso Arrupe), franciscanos (caso Schalück cuando la polémica con Boff), y su inclinación amorosa y predilecta por quienes sí coincidían o hacían coincidir con sus lineamientos teológicos o políticos, o con sus intereses económicos o misioneros: Legionarios de Cristo, Opus Dei y el Nuevo Movimiento Catecumenal de Kiko Argüello, entre otros.

A la fecha es ampliamente desconocido por el gran público el trasfondo auténtico de muchas de las decisiones y acciones controvertidas que Juan Pablo II impulsó: aparentemente abierto al mundo para escuchar, pero cerrado al interior en su diálogo con quienes disentían con él;

supuesto defensor aguerrido de la libertad y los derechos fundamentales hacia afuera de la Iglesia, pero en muchas ocasiones violador sistemático de los mismos hacia adentro al condenar a muchos teólogos, hombres y mujeres, intelectualmente sinceros al silencio y al olvido; luchador de la justicia hacia el exterior pero acérrimo en promover la práctica del secretismo, de la acusación silenciosa y traicionera y de la remoción de cargos sin previa defensa o juicio que mediara; celebrante incansable de multitudinarias ceremonias de ordenación sacerdotal pero un jefe con mano de hierro al prescribir hasta el cansancio un estilo de vida presbiteral de corte sacramentalista, ciegamente obediente y conservador; simpatizador con las mujeres adineradas y bien posicionadas de la alta sociedad mundial, pero persistente en su política de no permitir mayor participación e inclusión de la mujer en la estructura de orden y de mando eclesiástico, y además sujetas a su moral sexual enemiga de la libre opción a decidir sobre la propia corporeidad; amigo dialogante de protestantes, no-católicos e incluso de ateos, pero limitante en cuanto al diseño y práctica de una teología que comulgara más con el ecumenismo que se supone practicaba (i.e. caso Dupuis y permisión por lo oculto de la Dominus Iesus); supuesto paladín de la verdad y la moral (i.e. Veritatis Splendor) pero defensor a ultranza de un mentiroso, plagiador, violador y autócrata sistemático como Maciel, uno de los peores sacerdotes que pudiera haber visto la iglesia en mucho tiempo, al menos por lo que se ha sabido y confirmado a la fecha. La lista de polaridades de JPII es muy extensa y hace dudar, ante el filtro elemental de la historia, la proclama no oficial de "santo súbito" que bien pudo estar, en parte, amañada, y la proclama oficial que ahora se lanza desde la Oficina Vaticana para las Causas de los Santos.

Ciertamente JPII fue un papa notable, poseedor de muchas cualidades personales que, entre otras cosas, lo llevaron a implantar innumerables records: el papa que más tiempo ha estado fuera de los muros vaticanos, el que más países ha visitado, el que ha sido visto por más gente en todo el mundo tanto en persona como por los medios de comunicación (incluso más gente de la que pudo ver a Jesús), el que más discursos ha pronunciado, el que más encíclicas y cartas apostólicas ha escrito, el que ha logrado la implementación más exitosa y numerosa de relaciones diplomáticas oficiales con otros países (más de 170), el que más horas ha pasado en un avión, el que más santos ha canonizado, el que ha roto todos los records de taquilla en la Plaza de San Pedro, el que más presidentes y diplomáticos ha conocido, el que más cardenales ha nombrado, el que más consistorios ha convocado, el que más audiencias públicas y privadas ha realizado, etc. pero eso de ninguna manera constituye la esencia del ser cristiano ni de la santidad.

No se puede negar que JPII hizo muchas cosas buenas, eso sería ceguera o miopía fundamental, pero como contrapeso hay cosas que hacen dudar de un auténtico sentido de promoción interna de la unidad eclesial: fue el papa que mandó revisar y redactar el Nuevo Código de Derecho Canónico para apalancar el centralismo romano, el papa que encargó la creación del Nuevo Catecismo de la Iglesia católica (de "nuevo" sólo tiene el nombre porque su contenido es más medieval que moderno) para mantener la moralina pseudomística y tradicionalista de un cristianismo desfasado con los retos planteados por la (pos)modernidad; el papa promotor aparente de las conferencias episcopales, mismas a las que luego desconocía cuando no se alineaban con su pensamiento teológico, político o pastoral (i.e. CELAM y los Documentos de Puebla y Santo Domingo); el papa que hizo creer que implementaba el espíritu del Concilio Vaticano II sólo porque permitió ciertas "aperturas" litúrgicas, mas nunca doctrinales ni pastorales realmente trascendentales y de cambio acorde con los retos del mundo moderno; el papa amigo del Regnum Christi y del Movimiento Neocatecumenal, pero enemigo de las Comunidades Eclesiales de Base; el papa en apariencia amigo y promotor del papel de los laicos pero restrictivo hasta el final de sus días por cuanto a su libertad y su inclusión en la estructura orgánica eclesial[2]; el papa promotor de la "nueva Evangelización", en cuanto a su transmisión, no a sus contenidos, siempre y cuando esos contenidos coincidieran no con el cristianismo de las fuentes más antiguas, sino con el de la doctrina apologética de los siglos III al XIX; el papa amante del arte, del teatro, de la literatura, de la música, amigo de músicos, artistas y científicos, pero incapaz de dialogar, sin censura, con los teólogos y filósofos de dentro que representaban el sector crítico a sus lineamientos.

Ese mismo estilo autoritario, de fashion parade, de promoción de la secrecía como virtud revestida de fidelidad, de culto a la personalidad promovido en parte por él mismo y en parte por sus más cercanos operadores, fue el mismo que Maciel supo implementar como estrategia del mantenimiento del poder, expansión institucional, efectividad organizacional y enriquecimiento económico. Es este estilo el que comulgaba, en lo fundamental, con el de JPII. No extraña, por tanto, la amistad llena de intereses largamente procurada y fraguada entre ambos y el agradecimiento del papa en forma de una larga concesión de privilegios, exenciones y de defensa a capa y espada contra todo ataque o difamación que afectara la imagen del pseudofundador y de su Legión. Detrás de todas esas cortinas, se ha coprobado que lo que se jugaba era una red de complicidades relacionada con la permanencia de un status quo que conviniera a los intereses

eclesiásticos del papa reinante y a la atracción y conquista de los líderes económicos y políticos del mundo al seno de la Iglesia.

Por todo esto y muchas cosas más, JP II no debería ser canonizado. O al menos no por ahora. En cambio, se debería poner distancia prudente de por medio para que las emociones de la curia romana y los "reclamos populares" se asienten y que el tiempo demuestre si las decisiones de este papa han fraguado una Iglesia más acorde con los valores evangélicos. Eso y no los milagros deberían constituir la "prueba" más contundente de santidad. Esta beatificación express (y casi segura próxima canonización) hace de JP II un "santo" de su propio modelo de iglesia y de santidad, no necesariamente del propuesto por el evangelio, y sería, al menos ahora, casi tan imprudente e insensato como canonizar a un santo inexistente, que por cierto abundan en el canon de los santos.

El culmen de este proceso de canonización representaría el triunfo y la autoglorificación de una facción de las altas esferas del Vaticano que se empeña en promover un modelo de Iglesia que a todas luces ya está agotado y que para muchos no es compatible con el espíritu más radical del evangelio. Sería el colmo de la obstinación proponer un modelo de vida que no coincide con quienes, cristiana y calladamente, luchan por hacer de la Iglesia un lugar dialogante y ecuménico hasta las últimas consecuencias, un sitio más humano y habitable desde el testimonio cristiano humilde de todos los días y no desde un cristianismo de perfección contable propio de los grupos conservadores. Sería consagrar un modo de ejercer la autoridad que deja aún muchas dudas sobre su adherencia y correlación con el mensaje de Jesús, un galileo judío que quiso convertir a sus contemporáneos a vivir la existencia como servicio a todos y como testimonio de que el amor puede triunfar sobre el egoísmo y el mal.

[1] Los documentos pontificios sobre todo los más extensos, como encíclicas o cartas apostólicas, no son escritos "directamente" por el papa en turno sino que éste realiza un bosquejo general, que puede incluir algunos apuntes a manera de guías fundamentales o directrices, donde manifiesta sus intenciones teológicas e ideológicas. Ese bosquejo fundamental es luego remitido a un teólogo o a un grupo de teólogos supuestamente especialistas en la materia o tema del documento y que indudablemente son afines al pensamiento del papa. Estas personas son los redactores materiales del documento. Una vez elaborado, es entregado al papa, el cual revisa, corrige en su caso y finalmente aprueba la versión final del documento y lo da a conocer pública y oficialmente. Sólo pocas personas, la mayoría especialistas teólogos o personas cercanas al papa, conocen a bien quienes son los redactores materiales de los documentos pontificios.

[2]. Piénsese por ejemplo que hasta la fecha, en el Código de Derecho Canónico vigente, al laico se le define muy de pasada y escuetamente (casi despectivamente) no "por lo que es" sino "por lo que no es"; cfr. canon 207 § 1: "*Por institución divina, entre los fieles hay en la Iglesia ministros sagrados, que en el derecho se denominan también clérigos; los demás se denominan laicos*".